

# **Corazón prendado**

**Camila Winter**

## **CAPÍTULO PRIMERO –**

*Ciudad de Paris - Navidad del año de nuestro Señor 1252*

*Era Navidad, la fiesta más esperada del año y los ciudadanos de Paris se preparaban para reunirse con sus familias y amigos, aunque antes debían asistir a la misa matinal. Todos estaban alegres y confiados, aunque no hacían más que tiritar pues el frío era tan intenso que todos temían que en pocos días comenzara a nevar. Pero la nieve haría intransitables los caminos y los cristianos rezaban para que eso no ocurriera, pues no hacían más que llegar viajeros y penitentes ese día tan especial.*

*La joven Agnes Boudelle acudió a misa a media mañana escoltada cuidadosamente por dos robustos sirvientes. Era una de las jóvenes más bellas de la ciudad, hija de uno de los orfebres más honestos y prósperos. Sin embargo, ese día el frío intenso la obligaba a cubrir su belleza por completo: el capirote de su capa de fino paño ocultaba la espesa y dorada cabellera y sus ojos color zafiro, inmensos y de mirar cándido, iban clavados en el suelo en actitud piadosa y*

*modesta. Mientras su mano sostenía una cruz y murmuraba una oración en silencio.*

*—Daos prisa por favor —dijo Agnes mirando a sus sirvientes. Debían llegar a misa antes de que se congelaran por el frío. Era navidad y había prometido a sus padres regresar temprano.*

*Estos apuraron el paso y la joven se atrevió a mirar a su alrededor como si buscara a alguien. Luego se detuvieron con disgusto en cierto joven osado cuya vista la inquietaba de sobremanera.*

*Apuró el paso nerviosa mientras miradas lascivas la veían pasar, ojos que no pensaban en nada sublime ni santo, y que recorrían la capa en busca de ese pecho lleno y generoso y la esbelta cintura cubiertos ambos con un sobre veste y una capa.*

*Pero ese par de ojos castaños no se apartaron de la bella de Paris, que así la llamaban en la ciudad, y por más que esta fuera escoltada por media docena de criados, decidió arriesgarse y no solo la siguió con la mirada (llena de creciente deseo) sino que el joven, vestido con una larga capa de armiño que ocultaba las ricas ropas de su posición; como el hijo de unos de los mercaderes más ricos de Paris, dio unos pasos y la siguió. Sus ojos tenían un brillo y en sus labios había un gesto de lascivia. Suspiraba por la bella, y la pasada fiesta de mayo se había atrevido a robarle un beso aprovechando el descuido de su feroz carcelera: Anne la beguina. OH, el aroma de sus labios suaves le había deleitado...*

*Hacia tiempo Philippe Guillaume perseguía a la casta joven, pero esta le ignoraba cuando no le miraba con frialdad o furia. Dicha actitud solo encendía aún más el interés del joven Guillaume.*

*—Oh, feliz navidad tengáis hermosa Agnes — le saludó a su paso. Agnes le miró sobresaltada, conocía bien a ese pícaro, era el hijo de un rico mercader, arrogante y soberbio como todos lo de su familia, y debía agregar: osado, atrevido, sus atenciones eran cada vez más insistentes. Alto, delgado y con ese espeso y brillante cabello castaño cubriéndole el cuello por completo, la mirada oscura tenía malicia y algo más que la joven no llegaba a comprender todavía. Era guapo, o eso decía su amiga Matilde, pero a ella no le agradaba.*

*—Buenos días tengáis, Philippe —se vio obligada a decirle y cuando quiso avanzar le tuvo enfrente, vestido con su rica capa de armiño, y aquella gruesa medalla de oro que todos los miembros de su familia ostentaban con arrogancia.*

*—¡Apártese Señor! —le dijo un criado, uno de los más robustos mientras los otros parecían buscar la daga en su calza.*

*Pero Philippe no estaba solo, tres amigos de mala vida le acompañaban, esos estudiantes nada aplicados, desalineados y beodos llamados “goliardos”.*

*—Solo quería conversar con la damisela unas palabras —dijo mientras sus amigos se acercaban despacio.*

*Fue Agnes quien intervino: —No puedo hablar con vos Philippe Guillaume, tengo prisa.*

*Sus ojos castaños no se apartaron de los suyos, parecían capaces de embrojarla pero finalmente se rindió y haciendo una larga reverencia la dejó pasar mientras sus amigos palurdos murmuraban algo inaudible.*

*La joven avanzó nerviosa, ese joven la turbaba, sus atenciones se habían vuelto cada vez más atrevidas. Y no comprendía bien por qué, era el hijo de un mercader rico y próspero, que desperdiciaba su tiempo y el dinero de su padre en fiestas profanas con sus amigos goliardos, miembros de una cofradía llamada “de la santa jarana”.*

*Agnes siguió su camino con la vista baja. Los criados dirigieron una mirada de advertencia al joven Guillaume y este debió dejarles pasar, eran cuatro hombres robustos y llevaban una daga oculta en su jubón.*

*El hijo del mercader les vio partir y dejó escapar un suspiro al sentir el perfume de la bella de Paris. No era el único enamorado de la joven, pero sí el más constante.*

*—Amigo cofrade, escribiré una canción sobre la bella Agnes Boudelle — le dijo Jean, uno de sus amigos llamando su atención. Era un joven muy alto, levemente encorvado y vestía siempre una larga capa de penitente, aunque no era más que un estudiante desertor de Pádua. Sus ojos amarillos también se deleitaban contemplando a la bella de Paris, enfureciendo a Philippe quien le dio un puntapié y un empujón.*

*—No os atreváis. Ya os dije que será mía antes de que llegue Pascuas —le advirtió...*

*—Pero no será vuestra si antes no pedís su mano, amigo cofrade. ¿Y sacrificaréis vuestra soltería a causa de la bella de Paris? —intervino Raoul el cojo. Otra indeseable criatura miembro de la cofradía de jarana:*

curas errantes, estudiantes desertores y otros personajes formaban parte de la misma. Raoul había estudiado medicina en Salerno, pero luego de una refriega había quedado tuerto regresando a Paris para pasar sus días ayudando a su padre en el taller de herrería.

Philippe Guillaume era tal vez el miembro más afortunado, pues era hijo de un rico mercader, era el líder de la cofradía de la santa jarana.

—Me casaré con la bella Agnes, y vos oficiaréis la ceremonia hermano Paul —exclamó dirigiéndose al cura errante. Este le hizo un guiño y bebió de la bota que llevaba en su capa.

—Hace mucho frío aquí, me iré a la taberna —dijo Raoul refregando sus manos.

Philippe buscó a la bella con la mirada, pero esta se había perdido entre la multitud o tal vez ya había entrado en la Iglesia pues era muy devota. Suspiró y se reunió con sus amigos de jarana. Ese día harían una fiesta especial, era navidad...

Muy pronto Agnes Boudelle se alejó lo suficiente de tan ingrata compañía y entonces pudo frenar el paso. Estaba frente a la Iglesia de Saint Germain de l'auxerrois, un edificio regio donde había muchos fieles apilados en la entrada y no faltaban los vendedores de reliquias, los buhoneros y algunos bandidos esperando la ocasión de robarse alguna bolsa.

Y había un hombre vestido como un monje, con el rostro tonsurado y la mirada astuta y brillante proclamando sus reliquias.

—Escuchad buenas gentes de Paris, traigo aquí un trozo del hábito de Santa Ursula y un resto del fémur de San Agustín —anunció el vendedor

*de indulgencias. Sus ojos cafés observaban atentos el movimiento del gentío. Debía atrapar su interés, y algunas monedas de sus togas, era navidad, todos estaban alegres y generosos. Y él debía viajar a Tolosa y atravesar ciudades menos importantes, pero en Paris estaba la gran oportunidad. Con un rey tan piadoso todo lo sagrado tenía un valor especial, aunque su mercancía fuera falsa ¿qué importaba? Ellos creerían lo contrario.*

*Agnes se detuvo a escuchar al vendedor de reliquias, y se hallaba ensimismada escuchando al pícaro cuando uno de sus criados le advirtió, le dijo algo.*

*Todo ocurrió demasiado rápido, gritó, pidió ayuda pero todos estaban distraídos esa mañana de navidad. Excepto los mendigos, uno de ellos vio lo que ocurría y gritó pero nadie le prestó atención.*

\*

\*

\*

*A media mañana, en la villa de tres plantas del caballo blanco, hogar de los orfebres Boudelle un criado fue a buscar a la joven Agnes a la Iglesia pero no la encontró por ningún lado. Hizo preguntas y aunque la habían visto, la nave estaba llena de gente pero ninguno supo decirle si la joven dama estaba aún en la Iglesia.*

*Con el correr de las horas, se supo que la joven había desaparecido.*

*—No puede ser, tal vez fue a casa de su amiga Matilde —dijo su madre mirando nerviosa hacia la calle, esperando que su hija llegara de un momento a otro.*

*Madeleine Boudelle era una dama alta, delgada y llevaba siempre una toca negra cubriendo el cabello color ceniza. Sus ojos azules tenían un tono desvaído, como si le faltara vitalidad.*

*Pero Agnes, la bella de Paris, no estaba en casa de su amiga ni de ningún pariente. Y lo más extraño era que los criados que la acompañaban también habían desaparecido.*

*Al mediodía, cuando todo estaba listo para el almuerzo Madeleine Boudelle abandonó la mesa y le pidió a Anne la Beguina que la acompañara a buscarla. Ya no tenía apetito, tuvo una especie de mal augurio al notar su ausencia a media mañana, pues aunque en ocasiones su hija se demoraba en el mercado, ese día su madre le había pedido que no lo hiciera por dos razones: hacía mucho frío y era navidad.*

*—La encontraremos en el mercado, madame —dijo Anne la beguina para reconfortar a su Señora que estaba muy nerviosa.*

*De estatura media, gruesa y rolliza, de cabello castaño y ojoso oblicuos en un rostro redondo y bondadoso, hacía años que Anne Margarite la beguina estaba a su servicio y era su fiel confidente, por eso le dijo:*

*—Ay mi amiga beguina, mucho temo por mi hija. Ella jamás se retrasa, solo una vez hace tiempo...*

*Ambas mujeres avanzaron con prisa, y eran un cuadro de contraste: la esposa del orfebre era alta y de andar rápido, mientras que la beguina era más baja y rolliza, y sus pequeños pies debían dar saltitos para alcanzar el paso de su ama mientras intentaba reconfortarla.*

*—Ya aparecerá, cuatro criados la acompañaban. Tal vez fue al mercado. Ya sabéis como son esos buhoneros —decía.*

*Pero madame Boudelle no se sentía tan optimista, estaba nerviosa y su corazón empezaba a llenarse de malos presagios, algo oprimía su pecho, como si mucho antes que todos ella supiera lo que había ocurrido.*

*Al llegar a la Iglesia de Saint Germain encontraron una muchedumbre de fieles dispersos, conversando e intercambiando saludos. El padre Simon; su confesor, la saludó brevemente y Madeleine le preguntó si había visto a su hija.*

*— ¿Agnes? Pero vuestra hija no vino a misa hoy.*

*Esas palabras hicieron que la dama se llevara la mano al pecho. —Pero ella salió de casa hoy muy temprano con cuatro criados para asistir a misa —dijo Madeleine mientras palidecía.*

*Tal vez el padre no la había visto entre tantos fieles, o se había confundido, era un hombre de edad avanzada pensó luego para no desfallecer y recorrió la bóveda en busca de su querida hija pero la nave central estaba casi vacía. Todos deseaban marcharse e ir a la lumbre del fuego del hogar, comer cordero estofado preparado con clavo, canela y jengibre. Pues era navidad.*

*Abandonaron la Iglesia, Madeleine Boudelle seguida de la beguina pisándole los talones.*

*—Señora Boudelle, por favor, espere...No puedo seguirla.*

*No podía, Madeleine estaba nerviosa y caminaba con más prisa de la habitual, asustada pensando que algo muy malo le había ocurrido a su hija.*

*Llegaron al mercado en el momento en que la Iglesia tocaba las campanadas anunciando la hora sexta. Era el momento en que el sol*



lograba entibiar un poco, aunque el viento seguía siendo helado, implacable. Allí encontraron menos gente que en la iglesia pero pudieron ver a Marie la esposa del peletero y a otros honrados cristianos que hacían sus compras con sus sirvientes para esa noche.

Interrogados uno a uno, ninguno había visto a la hija de maese Boudelle.

—¡Qué frío hace! —se quejó la beguina frotando sus manos que empezaban a congelarse. —Vamos Señora, aquí no hay nadie. Tal vez cambió de idea y fue a visitar a su amiga Matilde.

Esa nueva posibilidad le dio esperanzas a Madeleine.

Matilde era una amiga de infancia de su hija, vivía en una villa de dos plantas a tres cuadras de allí, junto a sus padres.

— ¡Feliz navidad, oh, qué sorpresa Madeleine!

Pero ella no hacía una visita de mera cortesía, estaba buscando a su hija y cuando estos se enteraron de que había desaparecido se persignaron musitando una plegaria.

—OH, pero Agnes no está aquí, señora Boudelle —le dijeron.

Miró a la joven, pero esta parecía tan sorprendida como sus padres.

— ¡Qué extraño!—murmuró.

Cansadas y cabizbajas amabas mujeres regresaron a la villa del caballo blanco.

—Ánimo madame, tal vez Agnes ya esté en caso —dijo la beguina.

Pero Agnes estaba desaparecida y a medida que pasaban las horas los pensamientos tristes y macabros inundaban sus mentes sin compasión.

Agnes no había regresado, Agnes no estaba por ningún lado y a media tarde avisaron al alguacil.

*El alguacil, André Fabourg, un hombre de unos cincuenta años y un rostro ancho severo como podría serlo un abad recibió a su amigo el orfebre creyendo que venía a saludarle por la navidad. Eran viejos y le notó preocupado.*

*El orfebre Adrien Boudelle, corpulento, calvo, y de ojos muy oscuros parecía haber envejecido diez años desde la última vez que lo vio no hacía ni dos semanas.*

*—¿Adrien, qué ocurre amigo?*

*Este se sentó, respiró hondo dijo mirándole a los ojos:*

*—Mi hija Agnes, André. Mi pequeña Agnes, ha desaparecido esta mañana cuando iba a misa. Nadie la vio entrar en el sagrado recinto.*

*—Por favor sentaos Adrien, sentaos y contadme todo.*

*Así lo hizo, desde el principio. Su hija Agnes había ido como de costumbre a la misa de la hora prima, escoltada por cuatro robustos sirvientes. Pero jamás regresó a su casa, y tal vez tampoco fue a misa, pues el padre Simon no la había visto. Había desaparecido sin dejar rastro, al igual que los criados que la acompañaban.*

*—Bueno, aún es muy pronto amigo Boudelle para que penséis que le ocurrió algo malo. No debéis inquietaros tanto. Tal vez se detuvo conversando con alguna amiga o parienta.*

*—Mi hija no hubiera a ningún lado sin avisarnos, Fabourg. Y es navidad, debía estar en casa mucho antes del almuerzo. Mi esposa y su sirvienta, todos han ido a buscarle pero no aparece por ningún lado. Preguntaron a su mejor amiga, a los vecinos del mercado. Nadie la ha visto esta*

mañana. Os ruego que nos ayudéis, debéis buscarle. Todo esto es tan extraño. Y solo rezo porque nada malo le haya ocurrido.

—Lo haré amigo mío, de inmediato. Contadme todo desde el principio.

El orfebre hizo un relato de lo ocurrido con los detalles que le pidió su amigo alguacil, pero no había nada extraño en su hija esa mañana. Sin embargo al alguacil le llamó la atención que la joven fuera sin su familia a misa ese día y que insistiera tanto en ir sola cuando sus padres iban a ir en la tarde.

— ¿Y los días anteriores, acaso visteis algo distinto en vuestra hija?—El alguacil le ofreció una copa de peltre llena de fino especiado pero su amigo apenas si bebió un sorbo.

—No, no había nada extraño. ¿Por qué habría de haberlo? Amigo Fabourg, por favor, buscadla. Pudieron raptarla y amordazarla y quiera el señor que ningún daño le hagan esos bandidos, porque le mataré uno a uno si lo hacen.

—Tranquilo amigo, no debéis pensar que ha ocurrido lo peor.

—Es que son demasiadas horas y ni siquiera hemos recibido un mensaje. Ella jamás habría ido a ningún lado sin avisar.

Sí, era verdad. Agnes Boudelle era una joven piadosa y muy prudente. Y aunque era llamada la bella de Paris...

—Demasiado bonita para no dar problemas —había dicho su esposa una vez y tal vez tuviera razón. Tal vez sí tuviera algún secreto que su familia ignoraba.

Y cuando el orfebre se marchó cabizbajo, se acercó a su comadrona Señora contándole lo ocurrido.

*La rechoncha dama se encontraba muy atareada preparando la cena navideña. Sus ojos castaños le miraron sorprendidos mientras sus manos pequeñas y rechonchas manipulaban un ave de corral.*

*—Válgame el cielo André, el día de navidad. Raptar a una joven el día de navidad. Qué poco criterio, qué poco respeto. ¿Qué ocurrió?*

*Pero el alguacil no le dio demasiados detalles, jamás se los contaba y solo mencionaba el asunto porque esperaba escuchar su parecer.*

*—Esa joven era muy apocada, no comprendo lo que ocurrió y espero que no le hagan daño. Pobrecilla.*

*El alguacil organizó una búsqueda hasta el anochecer, portando antorchas y velas pero la joven no estaba en ningún lado.*

*Fue una navidad muy extraña, en el hogar de la familia Boudelle no hubo alegría ni festejos, solo la ansiedad y el temor por esa hija que había desaparecido esa mañana de forma tan misteriosa.*

*Días después comenzaron las pesquisas, las preguntas. ¿Acaso fue a encontrarse con un amigo? ¿Tenía la joven algún pretendiente misterioso que sus padres no aprobaban?*

*El matrimonio Boudelle, con ojos hinchados luego de tres días de búsqueda infructuosa dijeron al alguacil que su hija no tenía amigos, ni pretendientes secretos.*

*André Fabourg, incómodo miró el fuego de la cómoda estancia sabiendo que no mentían. Agnes Boudelle era una joven prudente y*

*recatada, aunque muy bella y la belleza en ocasiones ocasionaba problemas.*

*—¿Tampoco había ningún festejante desairado? —insistió.*

*—No, Maese alguacil, Agnes no tenía secretos —afirmó la esposa del orfebre con expresión de cansancio.*

*Anne la beguina, sirvió unas copas de vino especiado caliente que el alguacil aceptó agradecido. Fuera nevaba copiosamente y tal vez se desatara una tormenta.*

*—Por favor, debéis encontrarla, morirá de frío si no lo hacéis. Hace tres días que desapareció, tres días pero parecen meses Maese alguacil —Madeleine sollozó y su esposo la abrazó. Era un momento difícil para ambos.*

*El alguacil partió poco después para hablar con los vecinos y los parientes más cercanos de la joven. Solo el testimonio de uno de ellos dio que pensar al hombre de ley.*

*—¿Vuestro pariente tenía enemigos? —le preguntó a un primo del orfebre.*

*Este hombre robusto y de piel curtida, cuyo oficio era el de tintorero, dijo: —Los hombres ricos tienen algunos enemigos, maese alguacil. La envidia y la codicia. Además un día uno de los aprendices se enojó mucho porque decía que no le pagaba lo justo. Y un cofrade suyo pidió la mano de la joven y fue desairado y dijo que se vengaría.*

*— ¿De veras? ¿Recuerda su nombre?*

*—Maese Beltram, un vejestorio que vive cerca de la calle de las hilanderas. Un hombre muy rico, un viejo solterón. Mi pariente dijo que*

*era muy mayor para su hija, aunque se han visto matrimonios más desiguales.*

*—Comprendo. ¿Y sabe usted si la joven tenía algún amigo especial?*

*El hombre negó con un gesto. —Era una joven muy casta y sumisa. Iba a misa todos los días, no había picardía en ella ¿comprende? Por eso es tan extraño que haya desaparecido.*

*Lo mismo fue confirmado por otros parientes de la familia Boudelle, y por ellos mismos. Su padre dijo sin pestañear: —No. Mi hija es muy tranquila, vos la conocéis. No tiene secretos ni mente jamás. Y de haber tenido un festejante, o un amigo nosotros lo sabríamos —el tono era vehemente y el alguacil decidió no insistir de momento.*

*Cuando regresaba a su casa vio un caballo extraño en la puerta. Nuevas visitas. ¿Sería alguien que supiera el paradero de la joven? Había enviado a una docena de hombres a recorrer la ciudad para hacer averiguaciones. Tal vez uno de ellos habría regresado.*

*Su esposa le aguardaba inquieta. —Hay un mancebo que quiere hablaros André, es el hijo del mercader Guillaume.*

*El alguacil entró inquieto en la estancia. Un joven de cabello oscuro y almendrados ojos cafés, de cara cuadrada le aguardaba. Vestía ricas ropas de terciopelo, calzas de lana y una cadena de oro con una medalla importante. Era un joven atractivo, de rasgos regulares y de mala fama, aunque luego de ser indultado por tener una cofradía de revoltosos que bebían y cometían actos sacrílegos, no había vuelto a ser amonestado. Por el momento.*

—Buenos días os dé el Señor, maese alguacil —dijo haciendo una reverencia—. He venido a saber que novedades hay de la desaparición de la bella Agnes.

—¿Novedades? ¡Pues por el momento ninguna, hombre! Ha desaparecido una joven piadosa y decente y es un absoluto misterio.

En su rostro joven apareció un gesto de desencanto. —Alguien debió raptarla maese alguacil. Yo la vi esa mañana cuando se dirigía a misa, iba escoltada por tres sirvientes robustos.

—¡Por los clavos de Cristo: diga lo que sabe mancebo Philippe!

Pero el joven no sabía gran cosa. La joven había ido a misa y llevaba una toca. No había nada extraño en ella, excepto que tenía prisa.

—¿Y usted no siguió sus pasos? —inquirió el alguacil.

El joven enrojeció levemente pero sostuvo la mirada sagaz de maese Fabourg.

—Bueno sí pero... Había una muchedumbre congregada frente a la Iglesia de nuestra Señora ese día. No solo mendigos sino también actores representando el nacimiento de nuestro Señor, y un vendedor de reliquias. Temo que me distraje escuchando a este último que ofrecía un trozo de la tibia de San Agustín. Y luego... —Philippe parecía tener dudas sobre lo que ocurrió después.

—Agnes desapareció ante sus narices. ¿La vio usted entrar en la iglesia?

—No, maese alguacil. No la vi. Pero no podría decir si entró o lo contrario pues creí... Cuando la busqué pensé que ya había entrado al sagrado recinto.

—¿Y usted asistió a misa esa mañana?

*Levemente avergonzado el joven dijo que no. Hacía tanto que no se confesaba, y si asistía a misa era solo por insistencia de su madre y del padre Simon, el confesor de esta.*

—¿Su madre estaba en misa a esa hora, joven Philippe?

*Eso también lo ignoraba y el alguacil se sentó en el único sillón que había en la sala y le hizo un gesto al joven de que utilizara el escabel. Estaba cansado luego de estar todo el día haciendo preguntas aquí y allá. Hubiera deseado beber algo, cerveza o vino caliente con especias. Llamó a su sirvienta y decidió pedirle dos copas de peltre y una jarra de vino caliente.*

*Luego puso sus ideas en orden, era un hombre meticuloso. —La joven jamás entró en la iglesia y por su testimonio, había demasiada gente ese día congregada frente al sagrado recinto. ¿Por qué dijo que debió ser raptada? ¿No cree que tal vez huyó con algún pretendiente que su familia no aprobaba?*

*El joven enrojeció violentamente. —Eso sí que no lo creo, Señor Fabourg, jamás. Agnes era una joven sensata y no existía tal pretendiente. De alguna de sus amigas lo habría pensado pero de ella no.*

—*Está usted muy seguro de ello, joven Guillaume. Tal vez usted la espiaba, y estaba interesado en ella aunque la bella no debía corresponderle. ¿O me equivoco?*

*El joven masculló algo entre dientes y el alguacil supo que la respuesta era afirmativa. Agnes le ignoraba, ergo el joven Philippe*



*podía ser un pretendiente desairado. ¿Habría llevado a cabo el secuestro y estaba allí para que nadie sospechara de él? El alguacil debía descubrirlo.*

*—Joven Guillaume, ¿tiene usted alguna idea de quién pudo raptar a la joven? ¿Tenía su padre enemigos?*

*—No, alguacil, no puedo responder a eso porque no lo sé. Son una familia importante de la ciudad, pero sus padres son gentes de bien como también lo es Agnes Boudelle. ¿Quién querría hacerle daño?*

*—Alguien lo hizo, a menos que ella huyera pero eso es improbable. Es lo que todos dicen.*

*—Nada pienso todavía. Solo que es un misterio que debo resolver. Si usted recuerda algo le ruego que me avise joven Guillaume. Vivimos en una ciudad de doscientas mil almas. No será sencillo encontrarla si no descubro al menos una pista.*

*Sin embargo cuando el joven se marchó el alguacil se quedó mirando el fuego ordenando sus pensamientos. La joven pudo ser raptada, o simplemente violada y muerta, su cuerpo tirado al río Sena. Flotaría a la deriva y tardaría en ser encontrado. No sería la primera muerte misteriosa, una venganza, o un asesino despiadado que mataba jovencitas.*

*Pero su amigo Adrien Boudelle era un orfebre muy rico, podrían pedir una suma abultada para devolverla. Y esa era su esperanza, que la mantuvieran viva mientras pedían rescate aunque sabía por experiencia que los raptos no siempre tenían un final feliz.*

*Demasiado bella para no dar problemas, había dicho alguien. Pero la codicia imperaba en esos asuntos, la codicia y la envidia. Adrien Boudelle era un hombre muy rico, ¿cuántos envidiaban sus riquezas? ¿Sería el rico burgués maese Beltram el pretendiente desairado?*

*Al día siguiente cuando se disponía a continuar las averiguaciones apareció Adrien Boudelle en persona. De un salto abandonó el caballo y se le acercó jadeando.*

*—Han aparecido los sirvientes. Dos están muy malheridos y el tercero: muerto de frío cerca de la Iglesia. Al parecer le confundieron con un menesteroso.*

*— ¿Qué sirvientes?*

*—Los que escoltaban a mi hija, André.*

*El alguacil le acompañó sin dudar al hotel dieu, donde se recuperaban los sirvientes. Un edificio antiguo y sombrío, lleno de pobres y enfermos graves, al parecer alguien los había encontrado gimiendo en el callejón frente a la calle de la Iglesia y les llevaron al hospital. Según les dijo la monja que atendía a los criados, tenían heridas de daga en los brazos y en el abdomen. Uno de ellos se recuperaba pero el otro había perdido mucha sangre y solo quedaba rezar por él.*

*Pudo interrogarles con paciencia y esfuerzo y confirmaron lo que él había temido: la joven había sido raptada, llevaba por un grupo de caballeros sin que los criados pudieran impedirlo.*

*—¿Cómo eran, recuerda sus ropas o estandartes?*

*Uno de ellos dijo que eran escuderos y que los mendigos de la Iglesia habían presenciado todo.*

*Los menesterosos de la Iglesia, debió imaginarlo. Ellos veían todo.*

*—Bueno, descansa amigo, habéis obrado bien. Lamento que sufrierais estas heridas —dijo el orfebre.*

*El alguacil asintió, no había mucho más que averiguar por el momento. —Hablaré con los mendigos, Boudelle —dijo sombrío. Un raptó, lo temía, pensó.*

*—Os acompaño amigo —. El orfebre dio unos pasos delante del alguacil decidido.*

*Ambos caminaron hasta la iglesia, el orfebre no dejaba de lamentarse.*

*—¿Mi hija raptada? ¿Por qué? Jamás he hecho daño a nadie, he sido un buen ciudadano.*

*—Calma amigo, pudo ser un enamorado desesperado. Que tal vez recupere el sano juicio y la devuelva de un momento a otro. No perdáis la fe.*

*El frío intenso le hizo temer al alguacil que ni siquiera los mendigos estuvieran haciendo guardia frente a la Iglesia.*

*—Es absurdo. ¿Quién raptaría a mi hija? Solo puede tratarse de un malhechor o de un loco y ninguno de ellos es una buena compañía para Agnes. Mi pobre esposa, cuando se entere...*

*—No le digáis nada todavía, ahorradle sufrimiento innecesario. Debemos averiguar primero quién envió a esos escuderos para que la*

raptaran. Aunque sospecho que ha de ser noble o un mercader muy rico.

—Si es tan rico no necesita raptar a mi hija para pedir rescate. Esto no tiene sentido Fabourg, ningún sentido.

—Pero es la primera pista firme que tenemos sobre la desaparición de vuestra hija y debemos seguirla. ¿Adrien, acaso os habéis enemistado con algún caballero?

—¡Por nuestro Señor que no lo sé, Fabourg! Que el diablo me lleve si os miento. He hecho muchos encargos para caballeros y gentiles, y ninguno quedó insatisfecho. No recibí más que palabras halagüeñas. Y enemigos no tengo. Soy un cristiano honrado, un ciudadano laborioso y no comprendo quién pudo hacer algo así —el tono era vehemente y el alguacil estuvo de acuerdo en que aunque nadie tuviera motivos para hacer algo semejante lo había hecho.

—Os pido que recordéis, algún altercado con un aprendiz o alguien insatisfecho con vuestro trabajo.

El orfebre se cubrió con su gran hopalanda color borgoña como si un frío intenso le envolviera. Su mirada se perdió en la distancia, miraba sin ver.

—He tenido muchos aprendices, pero a todos traté como debía y en el taller hay más de los que precisaría y sin embargo... Es que no puedo decir que alguno me tenga tanto encono amigo mío. Vos me conocéis.

—¿Y envidia? Los miembros de una cofradía en ocasiones son celosos y codician las riquezas ajenas.

*Maese Boudelle negó con un gesto definitivo y el alguacil se atrevió a ir más allá: —Entonces solo nos queda la posibilidad de un rapto romántico. Vuestra hija huyó con un enamorado y os escribirá pronto diciendo que está casada con un joven del que nunca habréis oído hablar.*

*—No. Mi hija jamás huiría, es una joven tranquila. Preguntad en el pueblo y todos lo confirmarán. Ella no nos haría esto, André, no nos causaría este dolor.*

*El alguacil asintió. Sí, conocía a la joven y podía dar fe de que era honesta y no tenía secretos. ¿Pero habría otra Agnes que los demás desconocían? Vino a su mente la historia de un rapto ocurrido tiempo atrás en París, una joven fue raptada de una fiesta y luego se supo que había huido con un enamorado, a quien su familia detestaba pues pertenecía a la rama de los Gilliard, enemigos acérrimos. La historia tuvo un final feliz y aunque al principio ambas familias condenaron a los enamorados, al verles vivir en la miseria los corazones de piedra se ablandaron y recibieron a sus hijos con los brazos abiertos...*

*¿Habría ocurrido lo mismo con Agnes? ¿Amaría en secreto a un joven pobre o de una familia enemiga y por eso había fingido un rapto? ¿Y si no era así cuál sería la respuesta? Un grupo de caballeros se la lleva a la fuerza y abandonan París sin que nadie pueda detenerlos. ¿Un caballero arruinado que esperaba tener un rescate? Su amigo orfebre era un hombre muy rico.*

*— Amigo orfebre, allí están los mendicantes. Hay menos a esta hora, el frío ha de helarle los huesos. regrese a su casa y consuele a su*

*familia. Yo iré a la iglesia e interrogaré a los mendigos, tal vez estos hayan visto algo más que los criados que están en el hôtel Dieu.*

*El orfebre dijo que prefería acompañarle, que no le importaba el frío pues llevaba una gruesa hopalanda con ribetes de piel en el cuello que le abrigaba.*

*No muy lejos de allí, vestidos con harapos luciendo sus prendas rotas y envueltos en una gruesa manta de lana, tres menesterosos extendían sus manos esperando recibir una moneda. Uno de ellos miraba el cielo y decía una plegaria, era el único que no parecía sufrir una deformidad y tenía una figura robusta. A los otros les faltaba una pierna o un brazo, un ojo o estaban tullidos. Estos dos se encontraban sentados guardando cuidadosamente la “ofrenda” del día con un talego de buena calidad.*

*—Buenos días tengáis, menesterosos —saludó el alguacil.*

*El más robusto de cabello enmarañado y muy sucio buscó la voz. Era ciego o simulaba serlo.*

*—Buenos días buen hombre, Dios os bendiga.*

*Uno de ellos masculló algo y los tres miraron al alguacil con expresión alerta. Este les interrogó sin demora sobre la mañana de navidad.*

*De inmediato se miraron unos a otros y guardaron silencio. —Había un vendedor de indulgencias maese Alguacil, de rostro moreno y también había un ratero del otro lado del río.*

*—¿Y no visteis a una joven de dorada cabellera?*

*Ninguno recordaba, al parecer había mucha gente frente a la Iglesia ese día.*

*Pero de pronto el más robusto habló:*

*—Había una joven que se fue con unos caballeros en una jaca. Era muy hermosa, tal vez la hija de algún conde.*

*—¿La visteis subir a un caballo con calma?*

*—Eran un séquito de caballeros, tal vez la dama acababa de salir de la iglesia, en realidad solo la vi subirse a un caballo.*

*—Era mi hija, raptaron a mi hija —intervino el orfebre.*

*Los mendigos se miraron boquiabiertos.*

*El alguacil dio unas monedas a los tres pobretes, que estos recibieron extendiendo las manos en gesto rapaz. Agradecieron con bendiciones mientras los dos hombres se alejaron de la Iglesia. Entonces no había sido raptada, ella subió al caballo de buena gana. Raptada y loca de contento como decía aquel retrato que había en casa de sus padres sobre las picardías de las damas que huían con sus enamorados y luego decían que habían sido raptadas.*

*Su amigo estaba de mal talante, inquieto. —Pero los criados dijeron que fue raptada. Mi hija jamás se habría marchado con unos desconocidos sin resistirse —dijo.*

*Maese Fabourg asintió. —Buscaremos en los alrededores. Mañana organizaré una nueva comitiva de búsqueda. Tal vez debieron ir a los bosques de Boulegne y todavía estén en la ciudad.*

*Esa posibilidad dio esperanzas al orfebre, si aún estaban en París les encontraría.*

*Montaron sus caballos y se separaron al llegar a la plaza principal, el alguacil que había permanecido silencioso le dijo con expresión sombría: —Si la han raptado, amigo mío, os enviarán un pergamino pidiendo dinero. O tal vez envíen a un sirviente del enemigo a verte. No cedáis a sus pedidos, avisadme de inmediato. Es necesario actuar con cautela.*

*Maese Boudelle prometió seguir su consejo, ¿pero lo haría? Estaba desesperado, su hija había desaparecido hacía tres días y ahora se enteraban de que había sido raptada por un grupo de escuderos desalmados.*